lea, ni en el de las Iglesias de Oriente, ni en el romano. Pero, además de que este artículo consta en las mejores copias, entre otras en la que trae Rufino, como acabamos de ver, y en otros muchos todavía (Cyrill. Hierosol. *Catech.*, XVIII, 22.—S. Leon, *epist.* XXVII. *Ad Pulcher.*), todos los Padres estuvieron de acuerdo en decir que este artículo está contenido implícitamente en el que anuncia la *resurrección de la carne* (Rufin., *loc. laud. ad fin.*—Agustín. *Serm.* CCIV, 12 y *passim*).

Todavía se han alegado otros Símbolos que ofrecerían divergencias mayores con el romano, como, por ejemplo, el de San Ireneo, el de Orígenes, el de San Gregorio Taumaturgo, etc. Estos no son Símbolos propiamente dichos, sino más bien exposiciones de la fe católica, y quizás también explicaciones del Símbolo de los Apóstoles, porque aquéllos y éste se hallan exactamente conformes en cuanto al sentido y al fondo de la doctrina.

SÍMBOLOS CRISTIANOS.—Cuando pasamos revista á los monumentos primitivos del cristianismo, y sobre todo á las catacumbas romanas, que son el principal asiento de nuestros orígenes, nuestros ojos encuentran por todas partes misteriosos caracteres que interesan poderosamente á nuestra fe y excitan nuestra curiosidad. Unas veces son personajes y hechos del Antiguo Testamento que contienen una alusión más ó menos directa á los del Nuevo; otras veces figuras tomadas de las fábulas del paganismo, tales como Orfeo tocando la lira y amansando las bestias feroces por el encanto de sus acentos; otras veces escenas diversas de la vida de los pastores ó de la de los pescadores; en otras partes, animales reales ó quiméricos, el pez, el cordero, el carnero, la paloma, el pavo real, el fénix, el águila, el gallo, el caballo, el ciervo, el dragón, la serpiente, el centauro, el león (véanse los artículos que se refieren á la mayor parte de estas palabras); otras veces son objetos inanimados, árboles, una palma, una corona, racimos de uvas con sus pámpanos, una montaña, un ancla, un navío lanzado á toda vela y un faro en lontananza, una lira, un tonel, una balanza, una ó varias casas, huellas de pasos, cuatro arroyos que brotan bajo los pies del Redentor, el monograma de Cristo, etc. (véanse los artículos que se refieren á estas diferentes palabras).

Todos estos objetos se hallan reproducidos, por todas las ramas del arte del dibujo, en toda clase de monumentos, desde las tumbas hasta las simples sortijas que los cristianos llevaban en los dedos (véase el artículo *Anillos*).

He aquí, según el P. Garrucci (*Civittà cattolica*, an. 1857), una cornalina del siglo II que, sobre una superficie de un centímetro (el dibujo es seis veces mayor que el original), contiene siete de los principales símbolos: el ancla rodeada de dos peces, la cruz en *tau* coronada por la paloma con el ramo de olivo y teniendo el cordero en su base, el arca de Noé con la cruz en *tau* en medio, un pez aislado con su nombre **ΙΧΘΥϹ** inscrito en el campo, y por último, la imagen del Buen Pastor llevando la oveja sobre sus hombros.

Algunos de los símbolos cristianos se designan en un célebre pasaje del *Pedagogo* de San Clemente de Alejandría (L. III, n. 106), como los más convenientes para la decoración de los anillos ó sellos de los fieles. Del testimonio de este Padre resulta: 1.°, que el uso de símbolos estaba ya en vigor en el siglo II; 2.°, que se había fijado una significación sagrada á estas representaciones, y que, tanto las que designa, como las demás que se hallan repartidas con profusión en los monumentos de los primeros siglos, constituyen un vasto sistema de simbolismo y toda una lengua jeroglífica, que, por medio de cierto número de signos convencionales, resumía los principales misterios, así como las doctrinas del cristianismo.

Los sabios creyeron de común acuerdo, en lo general, que las imágenes simbólicas de que nos ocupamos, eran como otros tanto signos ó símbolos de unión por los cuales se reconocían los cristianos entre sí (véase el artículo *Símbolos de unión*); y esto es verdad de aquellas, sobre todo, que decoran los objetos portátiles y de habitual uso. Pero la causa general de este lenguaje oculto viene de la necesidad de secreto y de misterio que las persecuciones imponían á la sociedad de los cristianos (véase el artículo *Disciplina del secreto*). Se habían hecho una lengua jeroglífica por la misma razón que los condenaban á ocultar su existencia en grutas y en cementerios subterráneos, lo que les hizo dar por los paganos el nombre de «raza que huye de la luz y busca las tinieblas» (Minuc. Felix. *Octav.*, VIII).

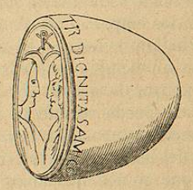
Se ha dicho con frecuencia, que los cristianos tomaron el uso de los símbolos de los pueblos del Oriente, y especialmente de los Egipcios. Durante un período de más de dos siglos en medio de este último pueblo, los Judíos debieron, sin duda alguna, iniciarse en el conocimiento, y formarse en la práctica de la escritura simbólica; y seguramente Moisés, «que estaba instruído en la ciencia de los Egipcios» (*Act.* VII, 22), no olvidó la de los jeroglíficos; y sabemos positivamente por San Clemente de Alejandría (*Strom.*, V), que él explicaba por el método jeroglífico, es decir, bajo los misteriosos símbolos de animales, los preceptos de la ley moral. Los diversos motivos de la decoración del tabérnaculo habían sido tomados también, según este Padre, de la misma fuente, por el legislador de los Hebreos. Nacida en el Oriente, oriunda del judaísmo, que, como acabamos de ver, había tomado inmediatamente, él á su vez, de la civilización asiática el conocimiento usual de los signos jeroglíficos, la fe cristiana se expresó de un modo natural en esta lengua de convención, la única que fué familiar á los pueblos de estas regiones. El lenguaje del Antiguo Testamento, y sobre todo el de los profetas, que abundaba en imágenes místicas y en sagrados enigmas, ejerció, sin duda alguna, una inmensa influencia en el seno de la familia de Cristo. Pero conviene no olvidar que para publicar ú ocultar sus ideas bajo ingeniosas envolturas, tuvo que inspirarse en los discursos de su divino Maestro, puesto que él mismo no presenta nunca la verdad sino con la media luz de la alegoría: *Sine parabola non loquebatur illis* (Marc., IV, 34). De este modo quería dirigir la debilidad intelectual de sus oyentes, y prepararlos contra el abuso que hubieran podido hacer de la divina palabra, porque, lejos de la muchedumbre, se reservaba explicarlo todo con detalles á sus discípulos, los cuales, debiendo ser los depositarios de su doctrina, tenían necesidad de ser iniciados con precisión en su verdadero sentido: *Seorsum autem discipulis suis disserebat omnia* (ibíd.).

Tal es, sin que tengamos necesidad de buscarla en otra parte, la fuente auténtica del simbolismo cristiano. El espíritu del Maestro ha pasado á los discípulos; su método revive en la doctrina que la Iglesia difunde en su nombre; ella irradia en la liturgia y se refleja en los monumentos figurados. La lengua simbólica es, pues, un instrumento divino que Jesucristo ha dejado á su Iglesia, y la Iglesia se ha servido de ella durante los primeros siglos de su existencia, á fin de ocultar las verdades santas á las miradas profanas, multiplicando por todas partes su expresión material para la enseñanza y edificación de los suyos.

SÍMBOLOS DE UNIÓN (TESSERAS).—I. La mayor parte de las imágenes simbólicas usadas por los primeros cristianos eran, según la opinión de los sabios, verdaderos símbolos ó signos de reunión, por los cuales se reconocían entre sí, y que los determinaban á practicar unos con otros, sin temor y sin ficciones, los deberes de la caridad fraternal (véanse los artículos *Símbolo* y *Fraternidad*).

Debe reconocerse particularmente este carácter en aquellos signos que recordaban el nombre de Cristo, tales como el monograma y el pez (véanse estas palabras), representados por todas partes en los monumentos primitivos, y especialmente en objetos portátiles, los anillos, por ejemplo (véase el artículo *Anillos*). Tales son las piedras grabadas que ha publicado Ficoroni (*Gemmæ ant. litt.*, tab. XI). Se han encontrado con frecuencia en las catacumbas romanas pequeños peces de bronce ó de cristal que, según toda probabilidad, no tenían otro destino (véase Boldetti, pág. 516). Se distribuían á los recién bautizados como *tesseras* ó símbolos de los derechos que el bautismo les confería, y como tales los llevaban colgados á su cuello (véase Costadoni. *Pesce simbolo*, tav.). Estos interesantes objetos tienen un agujerito para pasar un cordón: esto es lo que hemos observado, en particular, en un pequeño pez de piedra ó de metal que se encuentra en el museo Campana, en un aparador destinado á los pequeños bronces.

También se encuentran en los cementerios de los primeros cristianos muchas *tesseras* ó signos propiamente dichos, en oro ó en marfil, y entre otros varios de los que se llaman signos de hospitalidad (Boldetti, 506-508). También se han encontrado en la Galia, y Millin trae uno muy curioso procedente de Marsella (*Midi de la France*, atlas 61, pl. XXII, 3). Se cita aquí, en razón del interés excepcional que representa, un objeto que el mismo Boldetti había recogido en una sepultura cristiana y que publica en su obra (pág. 514, tav. VII, 70). Es un medio huevo de marfil, sobre cuya parte plana están grabadas las cabezas opuestas de dos personajes que se reconocen como cristianos en el monograma de Cristo que corona estas cabezas.



Apenas puede dudarse de que este curioso monumento sea un símbolo de amistad, cuando se leen estas palabras en el borde de la circunferencia exterior: DIGNITAS AMICORUM VIVAS CUM TUIS FELICITER. Las cabezas son, sin duda, de dos amigos: el huevo estaba dividido probablemente en dos partes iguales, una para cada uno de ellos, y adornadas con los mismos asuntos.

Lo que parece autorizar esta conjetura, es que se funda en una costumbre muy conocida de la antigüedad, y que hallamos explicada como sigue por el escoliasta de Eurípides (*In Medæam.*, vers. 613). «Los viajeros que habían recibido hospitalidad en una casa, rompían,

antes de abandonarla, un símbolo, del cual se llevaban la mitad, dejando la otra en poder de sus patrones; de tal modo que, si en lo sucesivo volvían á visitarse de nuevo ellos ó algunos de sus hijos, pudiera repetirse la hospitalidad, presentando la mitad del símbolo, que debía ajustarse á la otra.» Tertuliano, en el capítulo XXXVI de sus *Prescripciones*, alude á esta costumbre cuando habla del signo de fe que unía á Roma con las Iglesias de Africa.

No parecerá mal que citemos aquí, según el grave Justel (*Cod. canon. Eccl. univ*, pág. 93), un curioso pasaje del *Pœnulus* de Plauto (Act. V, sc. 2), donde se presenta puesta en acción esta costumbre, y donde se halla comprobada la particularidad de que el símbolo podía servir á los hijos del que lo había roto. Por este medio el hijo adoptivo de Antidamas, Agorastocles, se hace reconocer del amigo de su padre, el cartaginés Hannon.

«AGORASTOCLES. Si es verdad que buscáis al hijo adoptivo de Antidamas, yo soy el que buscáis.—HANNON. ¡Ah! ¿Qué es lo que oigo? —AGOR. Que yo soy el hijo de Antidamas.—HAN. Si es así, querréis confrontar el signo de hospitalidad; yo lo he traído.—AGOR. ¡Y bien! ¡Pues mostradlo! Está bien. Yo tengo la otra parte en mi casa.—HAN. ¡Oh mi huésped, os felicito de todo corazón! Porque vuestro padre, puesto que Antidamas es vuestro padre, ha sido mi huésped; este signo de hospitalidad ha sido dividido entre él y yo.—AGOR. Pues bien, en mi casa se os dará alojamiento. Porque yo no rechazo los deberes de la hospitalidad.»

Hemos encontrado con frecuencia en Francia, especialmente en Lión y en el Mediodía, la medalla de Nimes, COL. NEM., rota en dos partes, conservando cada una de ellas la cabeza de uno de los dos emperadores Augusto y Tiberio, que se hallan opuestas. Apenas es posible desconocer un ejemplo de la costumbre que nos ocupa, porque la rotura de la pieza es muy clara y no puede ser efecto de un accidente, suposición que no rechaza tampoco la frecuencia del hecho de que se trata.

II. Se ve que no nos apartamos con esto de la suposición de que los cristianos hayan podido, y debido quizás, en los primeros tiempos, conservar una práctica, que no tenía nada de contrario á sus principios.

Pero además de estos símbolos, cuyo valor descansaba por completo en una convención recíproca, tuvieron bien pronto otros á los cuales la autoridad de la Iglesia comunicaba mayor importancia.

1.° El principal, el que era de uso más general, fué el Símbolo de los Apóstoles (véase Benedicto XIV. *De sacrif. miss.*, sect. I, n. 149). El Símbolo escrito fué adoptado con preferencia, no sólo á fin de que el cristiano, encontrando en él una expresión sucinta y, sin embargo, completa de las verdades reveladas, no estuviese expuesto á seguir un camino falso en el dominio invariable de la fe, sino también con objeto de que los fieles pudieran cambiar desde luego una contraseña que los distinguiese de los herejes y de los malos cristianos, cuyo número era ya entonces demasiado considerable: *Idcirco*, dice Rufino de Aquilea (*Lib. de exposit. symb. ad Lactantium*, § 11), *istud indicium posuerunt, per quod cognosceretur qui Christum vere secundum apostolicas regvlas prædicaret.*

También, cuando por cualquiera razón pasaban de una Iglesia á otra, es decir, de una comunidad de verdaderos creyentes á otra asamblea de la misma naturaleza, se les interrogaba en seguida sobre su fe y eran reconocidos como ortodoxos por la recitación del Símbolo. Así es como los soldados tenían también una contraseña llamada *symbolum*, que debían repetir exactamente (Rufin., *loc. laud.*): *Et si forte occurrerit quis de quo dubitetur, interrogatus, symbolum prodat si sit hostis vel socius.* Debemos agregar que la disciplina primitiva, en vigor todavía en tiempo de San Agustín (*De Symb.*, I, 1), prohibía entregar el Símbolo por escrito, por temor á que cayese en manos de los infieles, que, al aprenderlo, hubieran podido hacerse admitir en los misterios más sagrados. Los *fieles* lo aprendían de memoria: *In corde scribite*, dice este Padre.

2.° Pero esto no bastaba todavía; y para evitar todo desprecio y escapar al peligro de recibir, no diremos á impostores é infieles, pero sí á cristianos errantes ó que se hallaban bajo el peso de algún justo anatema, se exigían á los extranjeros y desconocidos cartas de comunión: sin esto, no se admitían, ni á la Eucaristía ni á la mesa común, porque entonces estaban como condenados por la Iglesia y escluídos de todos los privilegios de la sociedad de los fieles. Las cartas de comunión, que se llamaron también *cartas formadas*, *cartas pacíficas*, etc., son objeto en este Diccionario de un artículo aparte (véanse los artículos *Cartas eclesiásticas* y *Hospitalidad*).

Tales sorpresas hubiesen tenido consecuencias más funestas todavía para los confesores y los mártires detenidos en las prisiones. La Iglesia les enviaba diáconos ú otros ministros para servirlos, consolarlos y animarlos en sus pruebas (véanse al azar las actas de los mártires, y en particular las de Santa Perpetua y Santa Felícitas). Convenía necesariamente, para obtener la confianza de los presos, engañados tan á menudo, algún signo distintivo, un símbolo ó una palabra. Véase un sello de bronce que, según toda probabilidad, sirvió para este uso, y que Fabretti, no se sabe porqué, sospecha sea de origen basilidiano (página 536, n. XLVIII). El difunto abate Greppo no dudó en considerar el objeto como cristiano, y como un símbolo equivalente á una carta de admisión ó de crédito. La inscripción es difícil de comprender, y es probable que contuviese abreviaturas y cosas obscure-

cidas por el dibujo (véase el artículo *Disciplina del secreto*). «En la primera línea, dice este sabio (*In sched.*), á cuya opinión sus largos estudios sobre la historia de las persecuciones dan tan gran autoridad, los caracteres MINISTE..... pueden muy bien tener relación con este ministerio de celo y de caridad. En la segunda puede leerse el nombre de AEMIL *ius*, y también, con todas sus letras y deficientemente, ÆMILLIVC. Pero también en esta línea y en la siguiente creo reconocer una exhortación al valor de los mártires: ET. STA. NAECI. MIL *es*, «Sé un valeroso soldado en presencia de la muerte.» Todo esto, preciso es convenir en ello, concuerda perfectamente con el tipo de Daniel en la fosa de los leones, representado en la base del sello, y que puede ser también la imagen de un cristiano condenado á las fieras.

SOL (El) Y LA LUNA.—En los ángulos de ciertos sarcófagos paganos se ven dos máscaras de proporciones colosales, algunas veces cubierta la cabeza con el *pileus* frigio, cuyas máscaras son consideradas por los anticuarios como las figuras del sol y de la luna (véase Bottari, XXXII, LXXVI), y de las cuales la antigüedad había hecho la imagen alegórica de la vida humana. Empleadas como adornos de nuestros monumentos funerarios, estas figuras toman otro sentido que el que les daban los paganos, y se convierten en el símbolo de la esperanza cristiana. Las tumbas no son la única clase de monumentos donde figuran estas máscaras; se ven en monumentos de un orden más elevado, por ejemplo, en el altar de la basílica de San Lorenzo, extramuros de Roma, cuya composición revela en todos sus detalles la imitación de un sarcófago antiguo (Ciampini. *Vet. mon.*, l. I, tav. XLV, fig. 4).

Como quiera que sea, existen sarcófagos cristianos en cuyos ángulos se ven también dos semifiguras humanas, de las cuales una, que representa el sol, tiene ordinariamente en la cabeza una corona radiada, y algunas veces el gorro frigio, según el tipo de las representaciones de Mitra (Bottari, tav. XLII, LXXXVI, XXXI y CLXIII). Como estas dos figuras se encuentran casi con formas idénticas en las tumbas paganas y en las cristianas, las damos aquí según un sarcófago antiguo de la villa Corsini en Roma. Se observará que la luna tiene la cabeza coronada por un cuarto creciente (Bottari, t. I, pág. 124).

Cuando acompañan al Buen Pastor, como en una bella lámpara de la colección de Sante Bartoli (*Lucerne antiche.*, part. III, n. 29), el sol y la luna podrían tener un sentido diferente y expresar la eternidad, como se interpreta este mismo asunto en las medallas (Eckel., VI, 423), y recordar que Cristo es el *Pastor eterno*. Esta explicación es del abate Cavedoni (*Ragguaglio. delle art. Crist.*, pág. 32).

El sol y la luna, bajo forma humana, están figurados en los más antiguos crucifijos, para expresar el hecho milagroso de la obscuridad simultánea que ocultó estos dos astros en el momento de la muerte del Redentor, ó quizás mejor para expresar las dos naturalezas de Jesucristo, como lo hemos explicado en el artículo *Crucifijo* (V, 1.°); esto es lo que se ve en el fresco del cementerio del Papa San Julio (Bottari, t. LXXXII), donde está pintado un Cristo vestido con una túnica sin mangas, y que es probablemente una de las más antiguas imágenes que existen de Jesucristo crucificado. Los mismos atributos se notan en el crucifijo del díptico de Rambona (Buonarruoti. *Vetri.*, página 141), donde, como para destruir en los fieles toda duda, el artista ha escrito, así como lo demuestra también el ejemplo precedente, los nombres del sol y de la luna encima de sus cabezas: SOL-LVNA. El sol y la luna están igualmente figurados, y de la misma manera, en el famoso crucifijo de Velletri (Borgia. *De cruce Velit.*), y Borgia los indica también en un Cristo pintado en un evangeliario siriaco del siglo VI. Pero lo que hay particularmente de notable en el díptico de Rambona, es que las dos semifiguras humanas que simbolizan el sol y la luna llevan una antorcha en una mano, mientras que tienen la otra apoyada en su mejilla en señal de dolor (véanse, para más detalles, los artículos *Manos* y *Crucifijo*). Parece que muy pronto trataron los fieles de sustituir estos emblemas, que, exteriormente por

lo menos, podían pasar por una imitación servil del paganismo, por otros asuntos que no se prestaran á equívocos.

Así, entre los descubrimientos nuevos hechos por M. De'Rossi en el cementerio de Calixto, hemos visto un fragmento de sarcófago en cuyos ángulos superiores figuran, en vez del sol y la luna, las cabezas de San Pedro y de San Pablo. Según el mismo principio, es decir, el celo de los primeros cristianos por el culto de los mártires, y el deseo de colocar su sepultura bajo su protección, es por lo que la cabeza de San Genesio de Arlés ha sido esculpida en los ángulos de algunos sarcófagos de esta ciudad, y particularmente en los de aquellos que, en el museo, llevan los números 15, 98 y 126. También se ve la cabeza de este mártir en un fragmento del museo lapidario de Lión, núm. 618. Este asunto fué mucho tiempo un enigma para nosotros, enigma cuya solución nos ha sido revelada, por último, por la sagacidad y la benevolencia siempre desinteresadas de M. De'Rossi. Algunas máscaras de la misma naturaleza decoran también unos sarcófagos de Milán (véase Allegranza. *Sacri Monum. di Milano.* — Ferrari. *Monum. di S. Ambrogio*); y juzgando por analogía puede suponerse que son las cabezas de San Gervasio y San Protasio.

SOLEA.—Era, en las basílicas primitivas, un espacio que precedía inmediatamente al santuario, y que se elevaba algunas gradas sobre el nivel del piso de los ambones (véase esta palabra), ó coro de los clérigos menores. Allí venían á recibir la Eucaristía aquellos á quienes estaba prohibida la entrada en el santuario, es decir, todos los fieles que no formaban parte del clero, ó bien todavía los mismos clérigos *in sacris* que, á causa de alguna falta grande, habían quedado reducidos á la comunión láica.

Atendiendo á la elevación de este lugar, el obispo, que se colocaba allí para distribuir la santa comunión á los fieles, era visto de todo el mundo, como San Jerónimo lo hace notar en su epístola *Contra los luciferianos: Episcopum corpus Domini adtrectantem, et de sublimi loco eucharistiam populo ministrantem*, «teniendo el obispo en sus manos el cuerpo del Señor, y administrando la Eucaristía al pueblo desde un lugar elevado». La *solea*, á causa de este santo destino, tenía revestido su piso de una marquetería de preciosos mármoles; Cedreno refiere que el pavimento de la *solea* de la grande iglesia de Constantinopla estaba compuesto todo de ónices (*Ap. Menard.*, página 319).

Allí se sentaban los subdiáconos y los lectores, al decir de Simeón de Tesalónica (Cf. Sarnelli. *Basilocogr.*, pág. 85). Allí se mantenían de pie también los diáconos que debían ser ordenados sacerdotes; dos diáconos, saliendo del santuario, venían á recibir al ordenando á este lugar, para conducirlo hasta las puertas sagradas, donde era recibido por dos sacerdotes, los cuales, habiéndolo introducido en el santuario, daban una vuelta con él á la mesa santa (Sarnelli, ibíd.).

SPORTULÆ.—Véase el artículo *Clero*, I, 1.°

STAUROPHORI.—Esta palabra se compone de dos griegas cuya unión significa *portacruz*, nombre que se daba antiguamente á los clérigos que llevaban la cruz en las procesiones.

Esta costumbre estaba en vigor á fines del siglo IV; testigo la *Vida de San Porfirio*, obispo de Gaza, cuya traducción latina por Hervet se ha insertado, el 26 de Febrero, en la colección bolandiana. Tenemos un ilustre ejemplo de esta práctica en San Juan Crisóstomo, cuya elección para la silla de Constantinopla fué, como se sabe, en el año 398. Como los arrianos, privados de iglesias por Teodosio, se reunían en los sitios públicos y recorrían la ciudad insultando á los católicos con cantos impíos é injuriosos contra la fe de Nicea, el santo obispo, queriendo sustraer sus ovejas á los peligros que hubieran podido encontrar en las palabras insidiosas de los herejes, creyó deber contestar á la tumultuosa demostración de éstos con una santa y pacífica procesión á cuya cabeza marchaban los *staurophori* llevando cruces con hachas encendidas. El historiador Sozomeno (*Hist. eccl.*, c. VIII) es quien nos ha conservado estos preciosos detalles. Bien pronto los Padres del quinto Concilio, en sus decretos y aclamaciones contra los acéfalos y los severianos, y además los del segundo Concilio de Nicea, erigieron en ley la disciplina, libre hasta entonces, de llevar en las procesiones, delante del pueblo cristiano, la cruz, como el estandarte de la reparación del mundo.

Las cruces así llevadas en las procesiones no se fijaban, como el uso ha establecido más tarde, en largas astas; no tenían ningún sustentáculo. Puede verse esto en el menologio de Basilio, el 27 de Octubre y el 26 de Enero, en el que están representadas las procesiones que se celebraban en memoria de dos terremotos, ocurridos, uno bajo el reinado de Teodosio el Joven, el otro

bajo el de Justiniano. Hemos dado en el artículo *Procesiones* una miniatura del menologio de Basilio que representa esta última. Reproducimos aquí el *staurophoro* que figura en ella (véase el artículo *Procesiones*).

Con frecuencia, las hachas de que hemos hablado se fijaban en los brazos de la cruz, y sabemos por Sócrates (*Hist. eccl*, VI, 8) que así se hizo en la procesión organizada por San Juan Crisóstomo contra los arrianos. «Las cruces de plata, dice el historiador, imaginadas por Juan, *a Joanne excogitatæ*, que debían llevarse en las suplicaciones nocturnas, estaban provistas de cirios encendidos, facilitados por la emperatriz Eudoxia.» Puede formarse una idea de estas cruces con hachas por una bella cruz gemada y adornada de flores que se halla pintada al fresco en una cripta del cementerio de San Ponciano (véase Bottari, tav. XLIV), y cuyo travesaño sostiene dos cirios encendidos (véase la figura en el artículo *Cruz*, III).

Hemos hablado sólo de la Iglesia oriental; pero es de presumir que el rito de que aquí se trata, fuese observado en Roma casi en la misma época. M. De'Rossi (*Inscr. Christ. Rom.*, I, pág. 232, n. 544) nos da á conocer un fragmento de inscripción de principios del siglo V, que parece probarlo así. Es el epitafio de un *staurophoro* llamado Juan, según una reintegración probable: LOCVS JOANNIS STAUROFORI..... Parece, sin embargo, que en Roma el nombre de *draconarius* (véase esta palabra) era más comúnmente dado al portacruz.

Estas cruces procesionales son, con más frecuencia, llamadas *stationales*. Carlomagno, después de su coronación, donó á la basílica del Salvador (San Juan de Letrán) una cruz de este género, enriquecida de pedrerías, y que destinó expresamente á llevarse en las letanías públicas. Debemos citar las palabras del libro pontifical (*In Leon III*, n. XXIV, XXV): *Item in basilica Salvatoris D. N. I, quam Constantinianam vocant, obtulit crucem cum gemmis hyacinthinis, quam almificus pontifex in litania præcedere constituit secundum petitionem ipsius piissimi imperatoris.* El título de *estacional* se ha dado de una manera cierta á la cruz de San Pedro que llevaba el subdiácono regionario á la cabeza de la procesión que se dirigía á las *estaciones* (véase esta palabra). Está indicada con esta frase: *Crux stationalis Sancti Petri*, en el orden romano de Benedicto, canónigo de la basílica Vaticana (*Ap. Mabill. Mus. Ital.*, II, 124). Ciampini trae varias cruces estacionales en el segundo volumen de su obra *Vetera monimenta*..... Pero ningún monumento de este género iguala en interés al del Vaticano y al de Veletri, que ha ilustrado en dos obras especiales el cardenal Esteban Borgia (véanse los artículos *Procesiones*, *Letanías*, *Draconarius*). Pueden verse estas dos cruces monumentales en los artículos *Cruz* y *Crucifijo*.

STAUROPHILAX (GUARDIÁN DE LA CRUZ).—Este era, en Jerusalén, el título de un dignatario eclesiástico que estaba encargado de guardar el sagrado madero de la verdadera cruz en la iglesia de la Resurrección, *Anastasis*, como en las otras iglesias la custodia de las reliquias de los mártires se confiaba á funcionarios llamados *custodes martyrum*, ó *martyrarii* (véase esta palabra). En un sermón manuscrito de la biblioteca Barberini se lee á la cabeza (véase Macri, ad v. *Stauophilax*) el título siguiente: *Chrysippi presbyteri Hierosolymorum et* STAUROPHILACIS *Sanctæ Resurrectionis.* Du Cange (*ad h. v.*) cita un *staurophilax* que fué ordenado obispo después del destierro de Elías, obispo de Jerusalén: *Elias episcopus Hierosolymitanus..... exilio traditur, et pro eo Joannes* CRUCIS CUSTOS *episcopus ordinatur.* Pero el más antiguo *staurophilax*, cuyo recuerdo ha conservado la historia, es San Porfirio, que murió siendo obispo de Gaza, hacia el año 421 (véase Borgia. *De cruce Vatic.*, pág. 54, not.). Du Cange dice que, bajo los reyes Francos de Jerusalén, un canónigo de Santa Anastasia conservaba el título y ejercía las funciones de guardián de la cruz. También llevaba este título el patriarca de Jerusalén.

STICHARIUM (Στοιχάριον).—Era esta una túnica blanca que usaban los obispos y los diáconos en las ceremonias sagradas (véase Zeigler. *De diaconis et diaconissis vet. Eccl.*, XII, 27), con la diferencia, sin embargo, de que la de los obispos era ancha y ondulada, y la de los diáconos estrecha y cerrada. Este vestido se usaba, sobre todo, por los sacerdotes y los diáconos en la Iglesia griega, donde había *sticharia* de púrpura para la Cuaresma, exceptuando la fiesta de la Anunciación, el Domingo de Ramos y el Sábado Santo (Codin. *Europalat.*, cap. IX, n. 7), porque entre los Orientales la púrpura era un color de luto. Durant (*De rit. Eccl.*, l. II, c. 9, n. 8) cree que el *sticharium* era el *alba* de los latinos, pero esta aserción no nos parece suficientemente justificada.

STRIGILES.—Se llaman *strigiles* unas especies de medias cañas sinuosas que sirven de adorno á cierto número de sarcófagos antiguos (Bottari, tav. XVII, XIX, XXXVII, etc.). Se les da este nombre á causa de su semejanza con este instrumento de hierro, de plata, de cobre ó de marfil, etc., en forma de S, de que se servían los antiguos para raer la piel de los que se bañaban ó la de los atletas en los gimnasios (Apuleyo. *Florid.*, II.—Véase *etiam* Werwen. *De unctionibus veterum*, pág. 490). Se sabe que los cristianos habían adoptado esta costumbre en sus baños, y Pignorio, citado por Bottari (I, 102), dice haber visto uno cuyo mango llevaba esta inscripción: CRESC☧